

MIRET SANS
51-4

LA POLÍTICA ORIENTAL

DE

ALFONSO V DE ARAGÓN

Exposición del libro de Francesco Cerone

*Leída en la Real Academia de Buenas Letras
el día 9 de enero de 1904*

POR

Joaquín Miret y Sans



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Montealegre, núm. 5

1904

Reial Acadèmia Bones Lletres



1004398988

LA POLÍTICA ORIENTAL

DE

ALFONSO V DE ARAGÓN

Exposición del libro de Francesco Cercne

*Leída en la Real Academia de Buenas Letras
el día 9 de enero de 1904*

POR

Joaquín Miret y Sans



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Montealegre, núm. 5

1904



LA POLÍTICA ORIENTAL

DE

ALFONSO V DE ARAGÓN

Muchos historiografos han tratado del reinado tan largo como interesante de aquel príncipe que, después de haber empleado los mejores años de su juventud en las luchas políticas y en la gobernación del Estado, fué á fijarse en la seductora ciudad que tiene asiento al pie del arrogante Vesuvio y donde dominado por el afán de placeres y de cultivo de las artes, parecía sumido en censurable inercia y abandono de las altas funciones que venía obligado á dirigir. Ni uno solo de aquellos autores quiso averiguar si tal inercia fué más aparente que positiva y si la vida alegre de Nápoles permitió á Alfonso V continuar su intervención eficaz y preponderante en la política internacional, que entraba entonces en uno de los períodos más críticos de su historia:

Esta laguna la ha llenado recientemente el erudito historiografo italiano Señor Francesco

Cerone con su libro *La politica orientale di Alfonso di Aragona*, publicado el pasado año de 1902 en la acreditada revista *Archivio storico per le province Napoletane*. Valiéndose principalmente de documentos inéditos del archivo de la Corona de Aragón, muchos de ellos recogidos por el sabio historiador húngaro Luis de Thälloczy y que regaló á la *Società di storia patria* de Nápoles, ha estudiado el Señor Cerone la política y los esfuerzos de Alfonso V para organizar una acción internacional ó alianza destinada á contener la próxima y temible invasión turca y ha logrado demostrar la intuición, la previsión del citado monarca y la manera como comprendió la trascendencia capital del probable triunfo de los asiáticos y del establecimiento de su dominación tiránica en el Mediterráneo.

«Entretener una tan audaz y peligrosa gente, para rechazarla luego á sus nativas estepas asiáticas y levantar detrás de ella una barrera infranqueable, he aquí el grandioso concepto hasta hoy ignorado, al cual consagró el Magnánimo los mejores años de su reinado.»

«Tan apartado de la intolerancia y avidez de Roma, como del mercantilismo y falacia de Génova y de la insaciable sed de dominación y del egoísmo de Venecia, supó Alfonso mantener el criterio de equidad, la firmeza en los propósitos, el interés y diligencia en la preparación de tal empresa, la que, si bien fracasada y no por

culpa suya, bien merece ser narrada y elogiada, perpetuando el recuerdo de una obra de civilización y de orientación de la política general de Europa.» Veamos como explica y prueba el Señor Cerone este importantísimo y desconocido hecho histórico.

Empieza por una rápida reseña, á guisa de introducción, de las vicisitudes del imperio turco y de los pequeños principados turcomanos del Asia menor en el período en que se elaboraba rápidamente la unificación turca á principios del siglo xv y especialmente desde 1429, cuando empezó el asedio de Constantinopla, indicando las trazas de un plan hábilmente forjado por los turcos en las prematuras invasiones de Bulgaria, Servia y Ungría, que eran los únicos baluartes capaces de detener la invasión de la Europa occidental.

Antes de entrar de lleno en el estudio de las negociaciones y tentativas de guerra contra los turcos en el Bósforo, ha dedicado el Señor Cerone un extenso capítulo á las relaciones y alianzas de Alfonso V en Egipto, Etiopía y Tunez, revelando como este príncipe, aún en los dificultosos momentos de sus luchas en Italia, no olvidaba el estudio y dirección de la cuestión oriental y entablaba relaciones directas con los dos mayores potentados del Islam. En efecto, en 1436 recibía embajadas del *Gran Teucro* ó sultán de los turcos y del *Soldan de Babilonia*, nombre que se daba entonces al Sultán de Egip-

to, y fijándose en tales hechos y en documentos de la época, afirma el Señor Cerone que Alfonso creía encontrar quizás en Africa la fuerza necesaria para detener el Asia y para rechazarla á sus límites naturales, salvando de esta manera el débil imperio bizantino. Hay que tener presente que el Sultán de Egipto gozaba todavía, en la primera mitad del siglo xv, de grande influencia en la intrincadísima política oriental y mayormente en los países islamitas y por lo tanto Alfonso procedía con acierto al solicitar su amistad sin adquirir empero, compromisos ni alianzas que habrían podido después llegar á constituir un peligro para el oriente latino y para toda la cristiandad.

Las tradiciones comerciales y los intereses de la Sicilia y de Cataluña, regiones que de antiguo mantenían relaciones de carácter mercantil con la Siria y el Norte de Africa, inducían igualmente al rey de Aragón á adoptar la política de aproximación y de intimidad económica con el Egipto. Es preciso recordar que á últimos del siglo xiii los catalanes ya tenían cónsul en Alejandría, antes, por lo tanto, que los demás pueblos de Occidente y que disfrutaron siempre en aquel país de alta consideración. Confiesa después de todo el Señor Cerone que las relaciones que fueron quizás en algún momento, negociaciones diplomáticas entre Alfonso de Aragón y el Soldán de Babilonia, no dieron resultado alguno práctico ó trascendente.

Si el hallazgo de un solo documento, del salvoconducto dado por nuestro Rey, en 1436, á los citados embajadores, ha permitido al Señor Cerone, después de relacionarlo con algunos publicados por Capmany, Heyd y otros autores, reconstituir ó adivinar por ingenioso modo el estado de amistad del rey de Aragón y del Sultán de Egipto, también por el hallazgo de documentos de nuestro copioso archivo ha podido desentrañar el alcance de las relaciones de Alfonso V con el Emperador de Etiopía ó de la *India interior*, según era llamada la Abisinia y regiones vecinas por Orosio, Procopio y Marco Polo. Las fuentes y pruebas son pues, escasas y ha debido nuestro autor hacer muy hábiles esfuerzos de raciocinio y sentar hipótesis, en general bien fundadas, para explicar los grandes rasgos de esta correspondencia internacional con países tan poco conocidos en los últimos días de la Edad Media.

Parece que los marinos catalanes y sicilianos que recorrían las costas del Africa oriental facilitaban noticias ciertas del misterioso reino de Etiopía, de suerte que mucho antes que Venecia y otros estados europeos pudo la confederación aragonesa entablar relaciones con aquel pueblo envuelto entonces en las tinieblas de descripciones fabulosas

El primer documento que ilustra este aspecto de la política exterior de Alfonso V es la carta dirigida por éste, en 1450, á Zar'-a-Ya' qo'b,

emperador de Etiopía, de la cual con buena crítica deduce el Señor Cerone, que de mucho antes existían ya relaciones entre Aragón y aquel pueblo africano. Se esfuerza en adivinar que provecho podía esperar nuestro monarca para su política oriental, del cultivo de la amistad del soberano etiope y enlaza estas negociaciones con las que hemos antes apuntado existentes con el Sultán egipcio para deducir que por los años de 1430, poco más ó menos, fué cuando Alfonso, ante la indomable energía del sultán turco Murad II y los progresos de la unificación de sus pueblos, comenzó á meditar la necesidad imperiosa de organizar la resistencia contra esta avalancha. Si el Sultán egipcio por ser musulmán, podía ofrecer dificultades á cooperar á la acción general contra los turcos, á pesar de tener firmada la alianza defensiva, el emperador Zar'-a-Ya'-qo'b, nombre que significa *la bendición de Jacob*, hijo menor del emperador David I y nieto de Sapha Arad, ofrecía al Rey de Aragón mayor garantía por la concordancia en las creencias religiosas.

Por otra parte, no es de creer que Alfonso se dejara guiar del quimérico sueño de atar con un mismo nudo Egipto y Etiopía, pues no ignoraba ciertamente las antiguas y frecuentes rivalidades entre aquellos pueblos, de manera que al adquirir la amistad del uno hacía inevitable la enemistad del otro.

Desde algunos años antes de la fatal batalla

de Ponza y de la cautividad del Rey de Aragón, ocurrida en 1435, éste conducía contemporáneamente tres negociaciones diplomáticas, que Cerone califica de extremadamente graves; una con el Sultán egipcio para convertirlo en aliado; la segunda con el sultán turco para calmarle los recelos y desconfianza, y la tercera con el emperador etiope para procurarse el apoyo en el caso de no realizarse la primera alianza citada. De la carta de Alfonso á Zar'-a-Ya'-qo'b, de 1450, deduce nuestro autor que la alianza etiópica iba dirigida también contra el Egipto ó al menos procuraba imposibilitar toda acción militar por su parte y en ello se descubre la notable perspicacia y previsión del rey Magnánimo. Perspicaz resulta también el Señor Cerone al utilizar dicho documento y algún otro de nuestro archivo para probar con mucho ingenio y acierto que en aquella época empezó la Etiopía á renovar sus comunicaciones con Europa y á eludir la oposición que el Soldán de Babilonia desde antiguos tiempos hacia á las relaciones de los etiopees con los pueblos cristianos de Occidente, temeroso sin duda de verse un día cogido y estrujado entre Europa y Abisinia. Y acerca los obstáculos que el sultán egipcio oponía al paso de los francos ó europeos que se dirigían á Etiopía, da Cerone muy curiosos datos recogidos de varios autores antiguos y modernos.

Mucho antes, pues, que los portugueses penetrasen en aquella región africana, con la ex-

pedición de Covilhao y Paiva, en 1487, los catalanes y los italianos la habían ya visitado y habían establecido relaciones comerciales y políticas. Da Cerone también aquí pruebas de muy extensa erudición histórica al negar al Portugal el nuevo descubrimiento y la comunicación de Etiopía y al afirmar rotundamente que las relaciones del mundo civilizado con dicho país fueron reanudadas en primer término por obra de Alfonso de Aragón y de los napolitanos. Si se hubiese realizado la proyectada demostración agresiva en las fronteras de Etiopía y Egipto, habríase provocado la disgregación del ejército del Soldán de Babilonia y hasta del ejército del Sultán Turco y contra ambos habríanse podido dirigir todas las fuerzas del Occidente y del Oriente cristiano coaligadas.

Zar'-a-Ya'-qo'b era el aliado que más convenía á Alfonso V, por la generosidad de carácter y por la nobleza de espíritu; ardiente cristiano, amaba la literatura tanto como la religión y escribió una obra, el *Mashafa Berhan* ó sea el *Libro de las luces*, que contenía numerosos preceptos referentes á las distintas fases de la vida humana. Se hallaba sin duda en estado de comprender la grandísima utilidad del proyecto de Alfonso V (1).

(1) Indica Cerone el regalo de un magnífico reliquiario que le hizo Alfonso á Zar'a Yaqo'b para tenerle más propicio.

En 1452, Alfonso envió una segunda embajada á Etiopía, encargada al napolitano Miguel Desiderio, y como la misma credencial se expidió para otras embajadas al Emperador de Constantinopla y al príncipe de Trebizonda, es indudable que la misión no era para asuntos especiales ó particulares de Etiopía, sino para la empresa soñada con tanta persistencia por el Rey de Aragón y Nápoles para la formación de una liga formidable destinada á librar á Europa del peligro turco. Es cierto que Alfonso esperaba también de esta empresa un beneficio propio principalísimo cual era la seguridad de sus dominios italianos, Sicilia y Nápoles.

El hecho solo, dice Cerone, de haber previsto el grave peligro que se aproximaba, nos revela el espíritu sagaz y prudente del insigne príncipe, notabilísimo hombre de Estado, dotado de tan superior sentido práctico que supo comprender la completa inanidad ó esterilidad de los esfuerzos de la Santa Sede, que para obtener el fin apetecido se perdía en la trabajosa preparación y en el no menos fatigoso mantenimiento de una efímera unión eclesiástica, en la reunión de la iglesia griega á la romana. En cosa que implicaba tanto peligro y trabajo, Alfonso creía más conveniente despertar los vitales intereses de los potentados con los que estaba en relaciones. Por esta razón, en 1453, insistía por medio de nueva embajada en que el soberano etíope, que veíase también amenazado

por los musulmanes, entrase en la referida liga. Esta tercera embajada la desempeñó Antonio Martínez, familiar y consejero del Rey y no obtuvo el resultado satisfactorio definitivo que era de tan urgente necesidad, debido quizás á la excitación contraria á los latinos en el clero y pueblo etiopes que había originado el indicado proyecto de unión de las iglesias, proyecto inoportuno é impolítico en aquellos difíciles momentos.

Es verdaderamente ingenioso el conjunto de conjeturas que hace Cerone, apoyado en algunos datos de un documento, de la credencial circular de la embajada de 1450 al Emperador Constantino Paleologo, al príncipe de Trebizonda Juan Comeno y al Gran Maestre de la Orden del Hospital, para deducir y fijar el itinerario seguido por los embajadores que Alfonso V enviaba á Etiopía, y que seguramente no pasaron por Egipto, dado el estado de enemistad entre el Soldán de Babilonia y los cristianos de Africa. Parece muy probable, en vista de las observaciones de nuestro autor, que los embajadores del *Magnánimo* atravesaron el Asia, desde Trebizonda al golfo pérsico y allí embarcaron para Etiopía. Fácil es imaginarse las penalidades de toda clase que debieron experimentar aquellos intrépidos embajadores en su largo viaje.

Desvirtuada ya, gracias á los modernos trabajos críticos, la supuesta importancia de la

embajada etiopica en el concilio de Florencia, puesto que no fué más que una misión expedida por Nicodemo, abad de Jerusalem, así como de la embajada al Papa Clemente VII, en Bolonia, que queda reducida á una sencilla carta de misioneros portugueses, puede asegurarse, como lo hace Cerone, que las tentativas del Rey de Aragón son el único y auténtico contacto que en aquella época tuvo Etiopía con el mundo civilizado.

Las relaciones con Túnez completaban el conjunto de amistades que Alfonso V cultivaba con suma atención en Africa. Túnez era entonces, gracias al buen gobierno de la dinastía hafside, un país próspero y que ejercía absoluta prehegemonía sobre las regiones vecinas. Sin renunciar á antiguas reivindicaciones comprendió nuestro rey la conveniencia de iniciar una nueva política en aquel país (1). Con incesante anhelo buscaba crearse una pacífica hegemonía, casi un protectorado, según frase del autor, voluntariamente aceptado y ejercido sin empleo de la fuerza, en el norte de Africa, inspirándose en las tradiciones existentes de la supremacía militar adquirida sucesivamente en Túnez por los Normandos, los Suevos y los Angevinos. Las expediciones de 1424 y 1431 que Alfonso

(1) Para hacer perceptible el valor de esta obra diplomática de Alfonso escribe Cerone una exacta descripción de las precedentes relaciones entre Italia y Túnez y especialmente de la política de los Anjous.

había dirigido á la isla de Gerba, empresa infecunda, habían ya facilitado experiencia para dar nueva orientación á sus relaciones con el califa tunecino, relaciones de paz favorables al comercio entonces floreciente. Sicilia y Nápoles importaban en aquella tierra casi todos los cereales necesarios al consumo y exportaban caballos, azúcar, lana y especies. No podía, por lo tanto, Alfonso exponerse á cerrar á sus súbditos aquel mercado con alguna imprevisora disposición contra el califa ó su pueblo, cuando tantas razones políticas y económicas le imponían una actitud muy apartada de la situación belicosa (1).

Era desco común á los dos soberanos establecer sobre bases sólidas su amistad y por esto, en 1442, llegó á Nápoles una segunda embajada tunecina, la que siguió larga negociación, hasta que Alfonso envió á su vez un embajador á Túnez rodeado de inusitado esplendor y aparato. Alfonso deseaba la paz en Africa para evitar, según Cerone, dificultades por ese lado y poder concentrar sus fuerzas y trabajos en el Oriente y en la defensa de sus dominios, amenazados por los turcos. Piensa nuestro au-

(1) Cerone da interesantes noticias de la embajada de Túnez al rey Alfonso, que se hallaba en Capua, en el año 1433, y de la que en justa correspondencia envió el segundo á Túnez, al cabo de pocos meses; si bien de esto ya trató Más Latrie en un trabajo sobre las relaciones comerciales de Sicilia con el Africa en la Edad Media, publicado en 1859 en la *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*.

tor que Alfonso mantenía también otro propósito, el de conquistar ó sea ensanchar sus Estados, y esto lo veremos más adelante en parte confirmado.

Hasta aquí forma el capítulo preliminar en el notable estudio del señor Cerone. Entrase ahora en el verdadero cuerpo de la obra, que aparece dividida en tres secciones ó epígrafes: Las relaciones y alianzas del Rey de Aragón y Nápoles en Oriente, desde 1444 á 1453, ó sea con anterioridad á la toma de Constantinopla; las relaciones y alianzas después de la catástrofe, hasta el año 1455; y las últimas tentativas de dicho monarca para una expedición cristiana en Oriente, realizadas entre 1455 y 1458, data de su muerte. Podrá calcularse la amplitud y detención con que este trabajo está hecho, al saber que abarca 250 páginas en cuarto y de tipo bastante pequeño, estando ya destinadas á los preliminares otras ciento cuarenta páginas.

Empieza el Señor Cerone justificando la conducta política de Alfonso V y refutando opiniones de autores faltos de investigación concienzuda, que censuraron duramente aquella política en punto á la cuestión oriental. Uno de ellos es Pastor, quien en su «Historia de los Papas desde el fin de la Edad Media» afirma que el fin político de Alfonso no estaba conforme con sus palabras y que, preocupado únicamente del mantenimiento de su dinastía en Italia, se preocupaba muy poco, en el fondo, de la suerte de

la cristiandad, sin que nada le sacara de la inacción. Si el docto profesor de Insbrück hubiese tenido en cuenta que el engrandecimiento de los turcos era en primer término amenazador para los estados italianos de nuestro monarca, quizás no habría dudado de la sinceridad de su política oriental. Bien dice Cerone que es desagradable siempre coger á un historiador eminente en flagrante culpa de injusticia y de prejuicio.

Lo que había en realidad era que, conociendo Alfonso la inutilidad de las promesas, único fruto de las negociaciones del Papa con los otros soberanos, veía que únicamente podía contar con sus propias fuerzas y con las de algún pequeño príncipe ó señor y por esta razón trató desde luego de resucitar antiguos derechos para entablar reivindicaciones en el Imperio griego, especialmente la restitución de los ducados de Atenas y Neopatria poseídos entonces por Constantino Paleologo Dragasés. El trastorno que debió producir en los planes y negociaciones de los soberanos, la inesperada derrota de los húngaros y polacos en Varna, paralizó al parecer y por algún tiempo, la referida reclamación de Alfonso V, pues que, un político tan sutil, que en el examen, de los hechos, como dice Cerone, nunca abandonaba la más serena objetividad, no insistiría en su difícil propósito en momentos tan graves para la suerte de Europa.

Hasta 1447 ocupóse Alfonso en sus asuntos

con la Santa Sede y en los incidentes del Concilio de Basilea; después de dicha fecha, empieza á intervenir de nuevo en la política oriental, facilitando la negociación entre el embajador del Emperador de Constantinopla y el Papa, viéndose entonces á Nicolás V deponer su actitud y tomar interés en la defensa del Imperio, á pesar de las decepciones sufridas en el proyecto de unión de las dos iglesias. Pronto crece la actividad de nuestro monarca en los asuntos orientales, siendo numerosas las embajadas que dirige á los príncipes latinos y griegos y hasta á algunos turcomanos, sosteniendo un gran servicio de espías y de informadores. Conociendo, por otra parte, la importancia de la Orden militar del Hospital, establecida en Rodas, procura restablecer su amistad, enfriada desde algún tiempo, reconciliación que prueba la sinceridad de las intenciones de Alfonso en la preparación de una enérgica acción militar y política en Oriente.

Nuestro autor hace una reseña histórica de los príncipes que dominaron en los territorios de Grecia durante el siglo XIV y primera mitad del siguiente, para demostrar como, por los años de 1445 á 1450 las turbulencias de aquel país influyeron en los planes del Rey de Aragón. Aquellas agitaciones y discordias, los odios de familia entre los príncipes y su extraordinaria avidez, ofrecían ancho campo á la fecunda actividad de Alfonso V. De ello provino

una alianza con Demetrio Paleologo, Déspota de la Morea, hermano del Emperador, y la negociación del matrimonio de un príncipe de la familia real aragonesa con la hija del Déspota. En dicho tratado, del año 1451, se estipularon todas las condiciones para el caso de que Alfonso resolviera atacar á los turcos, situándose en los estados de Demetrio, según ya refiere Zurita en sus Anales. Cerone analiza el documento y deduce que toda la astucia y toda la habilidad eran para el Déspota y por lo tanto todas las ventajas, mientras que el Rey aparece improvisor, sin estudio profundo de las condiciones y de sus probables consecuencias, no explicándose como se obligaron á mantener el secreto del convenio siendo su objeto principal la guerra contra los turcos, cuando lo natural era comunicarlo al Papa y al Emperador de Constantinopla. La guerra era quizás un mero pretexto y lo que procuraba el astuto Demetrio era despojar de sus dominios á su hermano Constantino y á otros pequeños príncipes griegos, mediante el auxilio del rey de Aragón y Nápoles. Plan inicuo tramado por el Déspota y aceptado sin descubrirlo por el rey Alfonso ó si lo descubrió, resolvió aceptarlo para no perder la alianza con Demetrio, que era una de las bases de su política. Por esta razón, dice Cerone, que nuestro rey nada podía esperar de aquel tratado, que fué en el fondo un acto unilateral.

Después del convenio no se sabe que las re-

laciones entre los contrayentes fuesen más frecuentes, según era de esperar.

Otra alianza más fecunda celebró en aquellos días Alfonso V. con Jorje Castriota, señor de Croia y príncipe de Albania. Amenazados los albaneses por los turcos, fijaron sus ojos en Alfonso, pues sus predecesores en el trono de Nápoles habían en época antigua ejercido soberanía en aquel país. De este tratado, celebrado también en 1451 dió noticia el diligente Zurita y otros cronistas de la Corona de Aragón.

A pesar de todo, veía Alfonso la enorme dificultad de emprender con probabilidades de éxito la expedición á Oriente, á la que empujábanle las exortaciones del Papa, la utilidad del Reino y su propio carácter. No era prudente arriesgarse en una campaña contra los turcos teniendo en cuenta las particulares circunstancias de Italia y la poca estabilidad del trono en Nápoles, no estando seguro el rey de lo que habrían intentado los descontentos y los partidarios de la casa de Anjou, apoyados por la constante insidia ó perfidia de Roma, en el caso de una derrota en aquella lejana guerra. Veía asimismo Alfonso el escaso resultado de las calurosas excitaciones del Papa y de las reiteradas súplicas del Emperador Constantino, prueba cierta de la poca importancia que las cortes europeas concedían á la guerra con los turcos y presagio innegable del poco ó ningún auxilio que podría

esperar en momentos de apuro si se lanzaba por su exclusiva cuenta á la lucha.

En el citado año 1451, derrotados ya los caballeros del orden del Hospital en Rodas y más audaces los turcos, vino otra embajada del Emperador pidiendo auxilio; más el Papa estaba fatigado de pedir inutilmente á los reyes de Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal y Castilla. El Duque de Borgoña intentó organizar una cruzada y envió representantes al Pontífice y al rey de Nápoles; empero, este que sabía bien que no podía emprenderse expedición alguna sin largos y costosos preparativos, no secundó el improvisor y quimérico proyecto del borgoñón.

Alfonso continuó trabajando para afirmar y extender sus derechos en Oriente y para hacer algo decisivo si se le presentara ocasión propicia. En 1452, un año después de haber sido reconocida su soberanía en Albania, dictó un decreto confirmando la investidura del ducado de Leocadia, de la contea de Cefalonia y de la parte que quedaba del despotato de Romanía á Leonardo de Tocco, jefe de una antigua familia italiana que estuvo largo tiempo al servicio de los Anjous. Era aquello, por lo tanto, una solemne afirmación de los derechos de la corona de Aragón y Sicilia sobre los antiguos territorios de la Grecia propiamente dicha y también la consolidación del poder de un personaje que, por origen, por parentesco y por necesidad po-

lítica debía ser siempre fiel á Alfonso y constituirse en el más seguro aliado.

Por lo que hemos apuntado se adivina que ganar la buena voluntad del Papa no era el móvil de la política oriental de nuestro monarca, y como dice Cerone, si la expedición á Oriente hubiese sido para él un medio de obtener la indulgencia de Roma, esa expedición no habría formado su constante preocupación, no habría constituido la continuidad de su pensamiento. Nuestro autor destruye con sólidos argumentos y datos la acusación lanzada por muchos autores contra Alfonso V por haber dejado perecer el imperio griego sin intentar cosa alguna para evitar la catástrofe, recordando al efecto la conducta de los monarcas de Inglaterra y Francia y del gobierno de Venecia á pesar de las súplicas del Papa y de las concesiones comerciales y privilegios que ofrecía el Emperador á sus auxiliares. De suerte que, aparece claro y manifiesto que Alfonso fué el monarca que más propicio se mostró á dar socorro, en la medida de sus fuerzas, y que en su corte de Nápoles se siguieron serias negociaciones, principalmente desde el año 1451 á 1453, con los embajadores griegos. En menos de tres años estuvieron en Nápoles los embajadores Andrónico Leandro Briennio, Miguel Frapperio, Miguel de Radosclay y Manuel Angelo Dosipatro, siendo acogidos todos con fastuosidad y afectuosa benevolencia. La mirada previsora de Alfonso descubría

las grandes ventajas para sus Estados de Italia, de una política vigorosa en Oriente; pero, no podía atreverse, sin desmentir su reconocida prudencia, á una empresa tan arriesgada que según gráfica expresión de Cerone, habría sido entrar en un juego de azar en el que la puesta ó traversa era su propia corona. Alfonso estaba rodeado de enemigos interesados en su ruina y por consiguiente, las más elementales razones políticas le imponían el deber de velar asiduamente por las cosas de Italia, sin distraer fuerzas en Grecia. Y sin embargo, las instancias reiteradas de los embajadores, el peligro inminente de Bizancio, las súplicas angustiosas de Constantino Paleologo acabaron por influir en el ánimo de nuestro rey y con data de 21 marzo de 1453, días antes de empezar el asedio de Constantinopla, escribió al Emperador que le enviaría en breve cuatro naves de guerra al mando de Bernat de Vilamari. Mas, el estado de su flota, sobre todo desde la desastrosa batalla de Ponza, en 1435, era poco satisfactorio, hasta el punto de que para enviar provisiones á sus tropas acampadas en Toscana, tuvo que valerse de buques venecianos.

En esto debemos ver principalmente la verdadera causa de debilidad de Alfonso V en aquellas críticas circunstancias y la razón principal de las continuas dilaciones que oponía á una empresa tan conveniente para la seguridad de sus estados. Con una marina insignificante y

mal organizada, añade Cerone, que no bastaba para prestar un sencillo servicio de transporte, no era ciertamente posible afrontar una guerra en los mares de Oriente. De ahí las largas negociaciones con Venecia y Roma para obtener apoyo en el mar, negociaciones calificadas de engaño ó perfidia de Alfonso por autores poco enterados, cuando realmente eran indeclinable necesidad.

Explica también Cerone por modo ingenioso y por atento estudio de documentos, como Alfonso V, que tenía poco dinero y mucho gasto, aprovechaba ocasiones de hacer alguna operación mercantil, entre ellas el envío de trigo á Constantinopla en los primeros momentos del asedio, para lo que fletó dos naves venecianas y aparentando que hacia el envío con miras políticas y en auxilio del Emperador, era en realidad un negocio comercial. La necesidad obliga á ciertos actos poco recomendables en circunstancias normales.

Satisfacción no pequeña experimentó nuestro monarca al entrar en el puerto de Nápoles los dos buques de Juan Julio conduciendo apresada la gran carraca genovesa de Umberto Squarciafico, rico botín valorado en más de ciento cincuenta mil ducados. Hasta en aquella ocasión, como dice Cerone, se descubre el espíritu elevado del Rey de Aragón; venían en la carraca muchas damas que escapaban de las violencias y atropellos de Constantinopla y de otras ciuda-

des imperiales entregadas á los turcos y fueron respetuosamente tratadas. Iba también en el buque Hugo Podocator, embajador de Chipre en Italia, que traía consigo un cargamento de azúcar y algodón para aprovechar la oportunidad de hacer un negocio ó sufragar los gastos del viaje; el Rey ordenó le fuese restituida igual cantidad de mercancías de la que fué apresada para evitar la alteración de las buenas relaciones con el reino de Chipre.

Facio, en su libro *De rebus gestis ab Alphonsus*, ha conservado el recuerdo del encuentro naval en que fué apresada la carraca genovesa y Cerone por su parte ha encontrado en el Archivo de Nápoles una curiosa cédula de tesorería, escrita como todas en catalán, con fecha de 20 de octubre de 1453, referente á la restitución de las mercancías á Hugo Podocator.

Ni los buques de guerra enviados por Alfonso, ni el trigo, ni las naves preparadas por Venecia pudieron llegar á tiempo. Constantinopla cayó en poder de los turcos el 29 de mayo de 1453, veintidós días después de la salida de la flota coaligada. Hasta el 6 de julio no llegó á Alfonso V la noticia del desastre, cuando el Papa aún no la conocía. Cerone publica la carta en que nuestro monarca comunicó al Pontífice la triste nueva, en la que se hacen acusaciones contra el genovés Juan Longui Giustiniani, sobre su conducta en Constantinopla, observándose una vez

más el ódio irresistible que Alfonso sentía por los genoveses (1).

Bien puede afirmarse que tanto ó más que la victoria de los turcos, deshizo los designios de Alfonso V; el modo frío y sin despertamiento de indignación y de energía, con que fué recibida la fatal noticia en muchos puntos de Occidente. En otro tiempo la cristiandad se habría levantado entera ante aquel acontecimiento para coger en seguida las armas; más entonces entregóse únicamente á estéril conmiseración y á

(1) De antiguo gozaban los catalanes gran consideración en Constantinopla y los reyes de la Confederación habían procurado siempre asegurar ventajas comerciales y buena acogida á sus súbditos en todas las escalas de Levante. Desde 1290 los derechos de aduana sobre mercancías en Bizancio, transportadas por catalanes eran á razón del tres por ciento y los servicios prestados después por ellos á Constantino Paleologo hicieron confirmar una vez más dicho privilegio. Habíase formado allí una colonia, administrada por un cónsul, que, en 1453, era Pere Juliá y á éste y á los catalanes les fué confiada la defensa del palacio de Bucoleone, que era parte de las fortificaciones del puerto exterior, cuya custodia dirigía el veneciano Contarini. Dicho cónsul Juliá, al ser tomada la ciudad por los turcos, fué decapitado juntamente con sus hijos y con el heroico Gerolamo Minotto, bailio ó jefe de los venecianos. Sobre aquella colonia catalana da noticias, aprovechadas por Cerqne, el alemán Zbishman en su obra *Die unionsverhandlungen zwischen der orientalischen und römischen kirche seit dem Aufzuge des fünfzehnten Jahrhunderts bis zum concil von Ferrara*. Y por documentos publicados por Muller se deduce que los catalanes tenían en Bizancio una *lotja* (logia) ó *curia consularis*. Cuando entraron los turcos habia en el puerto una nave catalana, según refiere Franzes.

lágrimas inútiles. Alfonso debió quedar satisfecho de haber seguido los consejos de la prudencia y de no haberse lanzado á la guerra confiado en auxilios que no habrían concurrido. Comprendiendo, empero, cuan necesario era poner un dique á la expansión musulmana y como la caída del Imperio había variado radicalmente el estado de la cuestión oriental, resolvió emprender una nueva política.

De esta se ocupa Cerone en la segunda parte, ó sea de las relaciones, negociaciones y alianzas en Oriente después de la catástrofe, entre 1453 y 1455.

El nuevo estado de cosas hizo aceptar al Rey de Aragón y Nápoles un nuevo elemento en su política, el elemento popular; por esto protegió y procuró la predicación de la Cruzada contra los turcos. Permaneció, con todo, firme en el concepto de que sin el concurso de los señores y príncipes de Grecia era inútil toda tentativa de revancha ó de ataque. El Oriente debía ser dominado por medio del mismo Oriente y era preciso cultivar las antiguas amistades en aquella parte del mundo civilizado, con preferencia la del héroe de Albania Scanderbeg, que ofrecía lealtad inquebrantable y era por su valor el único capaz de contribuir fuertemente á toda empresa contra los turcos. Es muy posible, según Cerone, que Alfonso viese en la alianza con los albanc-

ses el factor indispensable de una decisiva acción en Oriente (1).

Nuestro autor ha encontrado dos cédulas de la Tesorería real para el pago de las banderas de los predicadores de la Cruzada, que eran fray Lorenzo de Palermo y fray Juan de Aquila, de la orden de menores, en lo que se vé el interés del Rey en aquella noble empresa, «que se hacía siempre con el mismo lujo de estandartes y con la misma esterilidad de resultados.»

Ningún soberano estaba entonces tan dispuesto como el Rey de Aragón á asumir en Oriente una iniciativa decidida y atrevida. Ya antes de recibir la noticia de la toma de Constantinopla, deseaba poder enviar al Emperador cuatro buques para unirse á los de Venecia y del Pontífice, disposición demostrativa del error de los historiadores obstinados en ver en las promesas de Alfonso no más que un artificioso estratagema para alargar las negociaciones y conseguir concesiones y tolerancias que por otro modo no habría obtenido.

El restablecimiento de los intereses cristianos con la consiguiente seguridad de la Italia insular y peninsular, era para Alfonso necesidad tan vi-

(1) Cerone estudia también las relaciones que Alfonso renovó con el Déspota Demetrio, después de la muerte del Emperador su hermano y dice que en el Archivo de la Corona de Aragón se descubrirán probablemente otros documentos inéditos, destinados á dar nueva luz sobre estos negocios diplomáticos.

tal, que en cuanto se le presentara posibilidad de operar no habría ciertamente despreciado la ocasión. Tampoco era tan cándido político para poner todas sus esperanzas en la actividad y acierto del Papa.

No sabemos si la ocasión se presentó pronto, pero vemos que el Rey ordena el 3 de julio de 1453 la salida de los cuatro buques, al mando de Juan de Nava, con cartas para el Gran Maestre del Hospital y otros señores de Oriente, debiendo llegar la flota hasta Tino ó Tenos, una de las islas Cíclades. Cree Cerone que se trataba de una campaña de reconocimiento y de preparación, no de ataque; y á la vez de una misión política, porque Alfonso sin esperanza de recibir auxilio de Francia, ni de Borgoña, ni de Inglaterra, sabía que no disponía sino de sus propias fuerzas, de las de la orden del Hospital y quizás de las de Venecia, de los príncipes griegos y del dinero de la Santa Sede.

Cerone hace conjeturas muy ingeniosas para descubrir y explicarse el plan de Alfonso V. Así, por ejemplo, habiendo encontrado en nuestro archivo una carta del citado Rey á Elena, reina de Chipre, recomendando eficazmente el matrimonio de la condesa de Rocas con el consejero del propio soberano y jefe de la flota enviada á Oriente, el mencionado Juan de Nava y manifestando que la causa principal del envío de los buques á Chipre era dicho enlace, deduce Cerone que Alfonso creía próximo el día de su inter-

vención eficaz en las cosas de Oriente y quería reunir en sí y en sus amigos los mayores derechos posibles y posesiones territoriales, al objeto de que, cercana la hora del reparto, encontrasen sus aspiraciones poca oposición. Juan de Nava, al casarse con la citada señora, habría sido un utilísimo auxiliar de la política de Alfonso, aumentando la serie de feudatarios sobre la que habría sentado el nuevo imperio ó dominación de la Confederación aragonesa-catalana en Oriente; serie en la que formaban Jorge Castriota, Leonardo de Tocco, señor de Corinto, Franco Acciaiuoli y hasta algunos potentados turcos descontentos del Sultán, porque la política de unificación turca, emprendida con notable perspicacia por Maometó II, causaba agravios y perjuicios á los príncipes secundarios musulmanes despojados de sus territorios y de su autonomía y así era que se pasaban al campo de los cristianos. Eran estos hombres enérgicos, resistentes, habituados á las adversidades, audaces, mucho mejores que los griegos y constituían para Alfonso importantes adquisiciones. Pudo reunir cierto número de estos adherentes inspirados por el odio contra el unificador turco y que formaron un grupo de enemigos del Sultán de Constantinopla perteneciente á su misma religión.

Una gran decepción vino á contrarrestar la satisfacción de Alfonso. Los venecianos, á pesar de haber sido asesinado su cónsul en la toma de

Constantinopla y destruídas las mercancías de sus compatriotas, creyeron más práctico seguir en Oriente una política de utilidad comercial. No intentaban vengar las ofensas, sino restablecer lo más pronto posible las relaciones mercantiles con aquellos territorios; y por lo tanto, mientras el Papa, procuraba disponer una cruzada y los otros soberanos secundarla eficazmente, Venecia ya se apresuró á enviar á Mahometo II una embajada para negociar el tratado, que quedó firmado el 18 de abril de 1454. Esta conducta indigna de Venecia desbarató los planes de nuestro monarca que tanto confiaba en la cooperación de la república del Adriático y concibió contra ella odio terrible. En 1455, Maletta, consejero del duque de Milán, escribía desde Nápoles á su Señor, que Alfonso menospreciaba mucho á los venecianos, diciendo eran hombres de infame naturaleza, sin fe y no pensando más que en su utilidad y que le habían hecho traición, cogiéndole también un buque cargado de vituallas, «lo quale lui mandava in Albania per soccorso de quelle soe terre»; añade, que Alfonso dijo además que los venecianos amenazaban con armar galeras si el rey de Nápoles se atrevía á enviar otras contra los turcos, pues que no querían que dominase el mar. Este interesante documento nos revela, por lo tanto, que en aquella época, en Italia, era considerada la Albania como tierra de soberanía del rey de Nápoles y Aragón y que la política de Venecia era desleal y con-

traría á los intereses de Europa. Pastor, en la obra antes citada, aduce una carta de 1453 que revela el concepto fundamental de la política veneciana en Oriente. En esta misiva de la Señoría veneta al arzobispo de Ragusa, legado pontificio, se deja comprender que para salvar sus indefensas posesiones en Grecia, la República no podía estar enemistada con los turcos.

Poca era la confianza que Alfonso podía tener también en la política del Papa. El auxilio que este último estaba en situación de dar en soldados y naves era insignificante; pero en cambio era grande el que podía dar en dinero y en apoyo moral, especialmente con la predicación de la guerra santa y con las seguridades que prometiese de ser respetado el estado de cosas establecido en Nápoles. Pero Nicolás V. estaba tan enredado en las cuestiones interiores de la política italiana, que tenía atadas las manos para dirigir con independencia y grandeza de miras la defensa de la cristiandad en aquellos críticos tiempos. Según dice Cerone, en el Congreso de Roma (octubre de 1453 á marzo 1454), convocado para concertar la acción común italiana contra los turcos, fué el Papa el culpable de que nada se acordase ó abordase; predicaba, es cierto, la concordia y unión, mas bajo mano soplaba en el fuego de las mutuas rivalidades y fomentaba los odios y discordias, no fijándose, por el temor de ver allanada y destruída su residencia, en el inmenso daño causado á la grey cris-

tiana. Y Alfonso que no ignoraba lo que se pensaba en Roma, tenía sobrada razón en medir el peligro de entrar en guerra con los turcos, peligro inferior aún al que habría pasado con dejar abandonado su reino de Nápoles.

De suerte que, por la defección de Venecia y por la inestable voluntad de Nicolás V, vióse Alfonso obligado, mal de su grado, á dejar para mejor ocasión la ejecución de su plan en Oriente, resuelto á no representar el mismo papel que hizo en otra época Federico II, á quien la Santa Sede se obstinaba en alejar de Italia para poder insurreccionarla contra él.

Pastor da interesantes noticias del predominio que á pesar de todo ejercía Alfonso en el ánimo del Papa Nicolás y con ser dicho autor ferviente panegirista del Papado, hace la siguiente confesión: «Nicolás V acabó de enredar las cosas; habíase dedicado siempre á mantener bajo mano las rivalidades entre los estados italianos, porque veía en ello medio de desviar de sus dominios las agitaciones que temía y de gozar sólo las ventajas de la paz y en el curso del congreso que él mismo había convocado no cesó de practicar esta política. Ciertamente no puede aprobarse esta duplicidad, aún cuando no faltan suficientes motivos para atenuar lo que parece tener de odiosa» (1).

(1) Historia de los Papas desde el fin de la Edad Media, edición francesa, vol. II, pág. 272.

Recuerda también Cerone lo dicho por Gianotto Manetti apologista de Nicolás V, en *Vita Nicolai* (vol III), de esa duplicidad que entendía provechosa y que aceptaba como prueba de la prudencia de aquel pontífice.

Dejando aparte estas apreciaciones, debemos referir que Nicolás V envió legados á Venecia y Milán, el célebre cardenal Juan de Carvajal, y á Nápoles el cardenal Firmano, por otro nombre Domingo Capranica, hombre de vasta erudición y que se presentó en la corte de Alfonso, á primeros de agosto de 1453, con imponente séquito, siendo recibido con inusitada magnificencia. Basta saber que solamente en el damasco del palio que el rey mandó construir al genial maestro Cirilo Gallinario, se gastaron ciento siete ducados. Alfonso costeó la manutención de aquella embajada y puede calcularse con qué esplendidez fué tratada, si recordamos que el gasto de los trece días que estuvo en Nápoles importó 363 ducados, suma enorme en aquellos tiempos.

No se conocen con precisión los puntos que trataron Alfonso y el legado Capranica, pero es cierto que el primero mantuvo la determinación de no descubrir su pensamiento en la cuestión oriental. Y así fué que presentándosele á poco al rey un embajador del Kral de Serbia para que se decidiese á combatir contra los turcos, no hizo más que enviarlo con irónica recomendación al Papa, dirigiéndolo al cardenal obispo de

Albano, encargado por éste de la dirección de los asuntos de Oriente y á los dos cardenales españoles, Antonio de la Cerda, llamado Cardenal Herdense y Alfonso de Borja, llamado el cardenal valentino ó de Valencia.

El gran Caraman, Ibrahim-beg, príncipe mahometano de Caramania y protector del Señor de Mentescé, era enemigo declarado de los turcos y sostuvo en 1454, activas negociaciones con nuestro rey. El señor de Mentescé también era mahometano y despojado de su territorio por obra y gracia de la unificación turca, formaba entre los descontentos y enemigos de Mahometo II.

En la misma fecha Alfonso sostenía relaciones con Leonardo Tocco, déspota de Arta y último representante de la nobleza napolitana en el sistema feudal bizantino, y con Juan Assan ó Centurión, proclamado príncipe de Acaia. Esto era todo lo que podía hacer Alfonso en aquellos momentos en que había consentido en adherirse á la paz de Lodi y en que, por muerte de Nicolás V era elegido papa Calixto III, y en realidad el cambio de pontífice podía importar un cambio radical en la política de la Santa Sede. A pesar del cansancio y fastidio que sentía Alfonso en punto á los asuntos de Oriente, al ver la inutilidad de tanto trabajo para llegar á ser árbitro absoluto en Levante, desbaratado siempre por las complicaciones de la política italiana, aun tuvo aliento para enviar en 1455, fray

Juan Claver, de la orden del Hospital, comandante de Uldecona y uno de sus íntimos consejeros, al Déspota de la Morea, al cónsul catalán en Candía y á varios mercaderes de la isla, para combinar probablemente alguna inteligencia de orden político (1). Empero, todo debía resultar estéril, porque la victoria de los turcos había producido una confusión general en Oriente; en Grecia, las antiguas señorías ó principados se deshacían y reconstituían por medio de incesantes rebeliones, surgían nuevos estados por obra de caudillos audaces y por último, los albaneses, convertidos en soldados mercenarios apoyaban á unos y otros y saqueaban el país. En este caos no era posible establecer con pleno conocimiento plan político alguno.

Por otra parte, la conducta del nuevo Papa Calixto III con relación á nuestro monarca no era muy satisfactoria y los trabajos de los partidarios de la casa de Anjou para recobrar el reino de Nápoles no cesaban. Entonces pensó Alfonso en sacar de Italia un elemento constante del desorden, el condottiero Piccinino, y enviarle de expedición á Oriente. Cerone combate con fortuna los errores del tantas veces citado historiador de los Papas, Pastor, quien cree

(1) Alfonso había escrito, en 1454, dos cartas á Jorge Doni, de Candia, referentes á unos halcones de caza que éste le había enviado, y piensa Cerone que tales documentos encierran lenguaje convencional ó combinación secreta de interés político.

que con la proposición en favor de Piccinino, buscaba Alfonso V medio de entorpecer una vez más la expedición á Oriente. Nosotros recordaremos que algún historiografo español, como Antonio Bofarull, afirma también que Alfonso nunca tuvo intención de hacer la guerra á los turcos. «Un rey que por no perder lo que tenía en Italia, dice el citado autor, no había querido venir á Cataluña, á pesar de las súplicas de sus vasallos, ridículo es pensar que se fuera á exponer en los mares de Levante. No es posible creer en la sinceridad de Alfonso en este punto y la tesis de sus propósitos se reducía á lograr la paz para disfrutarla holgadamente en Italia y sin más objeto que el de su propio bienestar.»

Son antitéticas las opiniones de Cerone y de Bofarull en este punto; pero, sopena de tener á Alfonso V por un hombre incapaz, y sin dotes de gobernante, no puede aceptarse la opinión del segundo, que es también la de Pastor y otros muchos.

La lucha contra los turcos no era para el rey de Nápoles y de Aragón un simple pretexto de política interior de Italia; él y todos sus consejeros comprendían sobradamente que de no detener la insolente prosperidad y el avance de los Osmani, no podía haber seguridad para las costas de sus extensos territorios. Cita Cerone una carta de Sforza, personaje que debió conocer bien la intención de Alfonso en la que se habla de su proyecto de guerra en térmi-

nos que destruyen las afirmaciones de Pastor y de Bofarull. Además, un historiografo italiano, Banchi, apoyándose en cartas del obispo de Siena, de diciembre de 1455, asegura también que las condiciones propuestas por Alfonso eran que Piccinino con el debido estipendio, marchase á Albania ó á otro país á combatir contra los turcos, demostración clara de que el objetivo principal de dicho monarca era una inmediata expedición á Oriente. Se demuestra asimismo, por otros documentos aducidos por Banchi, que el Papa, receloso de Piccinino y mal aconsejado por Sforza, negóse á enviarle contra los turcos, resultando que en realidad era el Papa el que hizo imposible la expedición á Oriente (1).

Opina Cerone que ahora precisamente la idea de Alfonso era poner la base de operaciones en Albania, donde tenía amistades y alianzas y región de mucho valor estratégico con gente guerrera, habituada ya á combatir contra los

(1) Completan la prueba de la opinión de Cerone unas cartas de Antonio Trezzo á Sforza, del año 1457. Confía dicho autor en que una detenida investigación en el Archivo de la Corona de Aragón facilitará más documentos inéditos que acabarán de iluminar este último periodo de la política oriental de Alfonso V. Cerone ha encontrado y publicado una carta de este monarca á Sforza, en la que se descubre la decepción y sentimiento que experimentaba por las diferencias entre el rey Ladislao y el Veivoda Unida y entre los caballeros Teutónicos y Polonia, en los momentos en que se procuraba formar una liga contra los turcos, que eran el enemigo común.

turcos y en la que dicho monarca tenía reconocida soberanía, pues ya indicamos que, en 1451, Scanderbeg había reconocido por medio de sus enviados el obispo de Croia y el dominico Berguzi, los derechos heredados por Alfonso V de los antiguos reyes de Nápoles, y que se había obligado á rendir homenaje por sus castillos y tierras, así como por los territorios que conquistase en adelante, extendiendo las prerrogativas soberanas hasta la exacción de tributos y establecimiento del monopolio de la sal. Cerone publica los interesantes capítulos de este tratado entre Jorge Castriota Scanderbeg y Alfonso V, firmado en Caeta, en marzo de 1451.

Otros jefes y caudillos albaneses, como Arianito Thopia, llamado Golem, celebraron convenios semejantes con nuestro monarca. Arianito lo firmó por medio de su enviado Felipe Pantella, en el castillo de Torres, en junio del citado año, estipulándose que en el caso de una campaña victoriosa, Belgrado, Grecia, y parte de la Musachía, serían para el rey de Aragón y la otra parte de este último territorio, desde el río Devol, pertenecería á Arianito, juntamente con los países de Valona y Canicia. Estipulóse también que los súbditos ó gentes del Arianito consumirían únicamente la sal del rey de Aragón, mientras que el valiente caudillo obtendría de este último la concesión de un castillo en el reino de Nápoles para establecer allí con toda seguridad á su familia, muebles y ganados, libre

de impuesto, en caso de contrariedades en la guerra.

Con ambos convenios había obtenido Alfonso el reconocimiento de su soberanía por parte de los dos mayores caudillos ó caciques de la población albanesa, Arianito Thopia, llamado unas veces *Golem* y otras *Comneno* y su yerno Jorge Castriota, llamado *Scanderbeg* dominando el primero en la Acroceraunia y en el alto Epiro y el segundo en Albania.

Alfonso creyó oportuno no dejar enfriar tan buenas relaciones y no tardó en enviar á dicha región un comisario, Bernardo Vaquer, con cien infantes y criados y con abundantes vituallas, para presentarse, en primer lugar, en la villa de Croia á tomar posesión y recibir el homenaje, percibir tributos y reunir noticias, según declara el *Memorial* que, en lengua catalana, dió la cancillería real al citado comisario, y que ha publicado Cerone, sacándolo de nuestro archivo. La fecha de este curioso documento es de 31 de mayo del citado año 1451 de la Natividad.

Tomada posesión de Albania, continuó Alfonso enviando socorros en hombres, víveres y dinero, y Cerone saca á luz también algunas cédulas de la Real Tesorería, existentes en el archivo de Nápoles, para el pago de cantidades invertidas en aquella noble empresa. Está una de ellas destinada á pagar á «Xerillo Gallinario perpunter del Senyor Rey XII d. (ducados?) los quals. li eren deguts per preu de IIII banderes de tela di-

visades de les armes Darago e del Realme (de Nápoles?), que dell foren comprades e consignades a frare Johan Claver qui les porta en Albania» (25 de septiembre de 1455). Y en otra cédula del mismo año se ordena pagar una suma «per ferne hun standart per los conestables e infants a peu que tramet lo dit Senyor en les parts de Albania contra lo Turc... lo qual dit standart fou consignat an Johan Catala hun dels conestables dels ballesters e Infants a peu que tramet lo dit senyor en les dites parts de Albania segons en lo dit albará se conte». Esta expedición era al parecer, importante en tropas y recursos y demuestra el interés de Alfonso V en la guerra contra los turcos, puesto en duda ó negado rotundamente por tantos historiadores.

Pero aún hay más; consta también que en los primeros meses de 1456 nuestro monarca sostenía tropas en Albania para hacer la guerra y entre otras fuerzas se contaba una de trece ballesteros al mando del condestable Juan de Soto, á quien envió doscientos ducados, «en acorriment del sou de XIII ballesters que deu tenir en sou e servey del dit Senyor (*Alfonso*) en les parts de Albania per resistir e fer la guerra al Turch e son per paga de IIII qui a raho de IIII d. (*ducats?*) per cascun dels dits ballesters lo mes quitis de dret de alátge e de mostra fan segons en lo dit albará se conte que cobre».

También pagaba al alcmán Gisbert Rason, otro jefe de ballesteros, doscientos setenta duca-

dos para sueldos de su gente, «que deu tenir en servey del Senyor Rey en les parts de Albania hon lo dit Senyor lo tramet per resistir e fer la guerra al gran turch»; y el gasto del transporte de la pequeña artillería de este jefe alemán, desde Nápoles al puerto de embarque para Albania, consta asimismo en otra cédula de tesorería: «A Gisbert de Rason conestable de spingardes de casa del dit Senyor (*el rey Alfonso*), per pagar lo loguer de les besties que porten de Napols fins á Trana les armes sues e de XV spingardes qui van ab ell á sou del dit Senyor en Albania per fer la guerra al Turch III d.»

Por último, en abril de 1457, expedía aún nuestro monarca á Albania fuerzas de arqueros y ballesteros, parte de ellas al mando del inglés Juan de Newport, mientras que recibía de dicho país una embajada compuesta de Nicolás Zaccaría y de Teodoro.

Por lo que acabamos de apuntar respecto á la conducta que Alfonso V siguió en Albania, durante seis ó siete años consecutivos, podrá deducirse la sinceridad de sus intenciones y la rectitud de sus deseos en la guerra contra los formidables enemigos de Europa y amenaza creciente de los pueblos del Mediterráneo.

Y no trabajaba el rey de Aragón únicamente para la Albania, pues en 1455 se descubren nuevas negociaciones políticas con el desventurado príncipe musulmán Alí de Mentescé, víctima de la absorción turca, y con el Gran Caraman

Ebrahin Bech, para negociar alguna alianza contra el enemigo común.

Además, el primero de noviembre de aquel año, Alfonso, seguido de sus barones tomó la cruz contra los turcos, celebrándose imponente ceremonia. No faltan historiógrafos que opinan que en ello había un engaño para tener contento al Papa y ganar tiempo sin hacer nada positivo en Oriente; pero Cerone, apoyado en nuevos documentos de nuestro archivo, ha venido á vindicar al rey de Aragón y Nápoles de esta acusación infundada. Parece, en efecto, que una vez prestado el debido juramento en aquel solemne acto, escribió Alfonso á Demetrio Paleologo y á Mateo Asan, convino con el Rey de Castilla no darle los auxilios que le había anteriormente prometido, al objeto de no distraer fuerzas que necesitaba para destinarlas á Oriente, y envió á Morea á su mariscal Nunzio Mejía para que estudiase la defensa de aquel país (1).

Es indudable, empero, que las ideas de Alfonso V en punto á la cuestión oriental habían variado. La mayor experiencia de aquella intrincada cuestión modificaba sus deseos y sus primitivos propósitos. No pensaba ya en una guerra de invasión, en una gran campaña, fecunda en

(1) Mejía debía procurar la unión de los caudillos y príncipes griegos y ordenar las fuerzas para colocar la Morea en pie de guerra, estudiando especialmente la defensa del istmo de Corinto, como punto estratégico.

conquistas y botín; intentaba únicamente, como dice Cerone, una acción puramente defensiva en la península griega para evitar que los turcos llegasen hasta las costas del Adriático y amenazaran la Italia meridional.

Venecia sentía recelos de la política del rey de Aragón, sobre todo viendo los repetidos auxilios á los albaneses y las relaciones con la Morea, en cuyos países era reconocida la soberanía de Alfonso de tal suerte que, con un pequeño esfuerzo, podía el Adriático convertirse en un mar napolitano (1). Las intrigas de Venecia hicieron que el Déspota de la Morea, que viéndose apurado pidió á Alfonso en 1456, una nave napolitana para huir en el momento crítico y que el rey ordenó á los jefes de su flota que recogiesen á dicho personaje cuando lo reclamase para conducirlo á Italia, desdeñase luego los servicios del rey y se refugiase en Corfú, isla de los venecianos entonces, desde donde una nave de la República lo trasladó á la península (2).

Recordemos también que, á principios de ju-

(1) El envío de banderas militares al Déspota de la Morea con el escudo de Nápoles y Aragón, indica que allí también se quería hacer la guerra á los turcos á nombre de Alfonso V.

(2) Tiempo antes que el Déspota Tomás, había escapado de Grecia y se hallaba refugiado en Nápoles, Centurion Assan Zacaría, príncipe de Acaia, á quien los venecianos procuraron inútilmente apartar de la corte de Alfonso.

lio de 1456, llegó á Nápoles el Cardenal patriarca de Aquilea, jefe de la flota pontificia que debia unirse á la del rey de Aragón para dirigirse á Oriente, estando fijada la partida para el día 7 de agosto. Nuestro monarca á pesar del descorazonamiento que sentia y de estar convencido de la inutilidad de tantos trabajos que desde años venia practicando para la salvación del Oriente cristiano, hizo cuantiosos gastos para organizar su flota.

La inutilidad de sus esfuerzos no era, empero, total, por cuanto habia aumentado las relaciones comerciales de sus pueblos y obtenido el reconocimiento de antiguos derechos de señorío y soberanía sobre extensos territorios. Es verdad que habia soñado con la constitución de un gran estado sobre las ruinas del Imperio bizantino que habria sido el baluarte de Europa contra los asiáticos, y que más adelante habia reducido sus ilusiones á la ocupación de las dos orillas del Adriático para evitar las agresiones en la costa oriental de Italia. Y en estos grandes proyectos habia encontrado siempre obstáculos insuperables, la inercia y la indiferencia ó negligencia de los Estados católicos, la desconfianza y perfidia de los déspotas griegos, la envidiosa rivalidad de Venecia, la enemistad encubierta, pero implacable de Roma; obstáculos que daban á entender á Alfonso que antes que defender sus Estados por la parte del mar, era preciso defenderlos por la de tierra y que para la

dinastía aragonesa Calixto III resultaba un enemigo más temible que Mahometo II.

En estos obstáculos y decepciones debe buscarse la razón de que en los últimos tiempos de su vida, Alfonso V se desligase ó desentendiese de las cosas de Oriente y se dedicase con preferencia á resistir y contrarrestar las intrigas de Roma y de otras cortes italianas.

La política oriental no tenía ya para Alfonso atractivo alguno; su interés había decaído tanto que dejaba la dirección á otras personas; más sus primeros esfuerzos, cuando todo el mundo permanecía indiferente, le dan derecho, como dice Cerone, á la gratitud de sus contemporáneos y á la admiración de las generaciones posteriores que le han concedido justamente el sobrenombre de *Magnánimo* (1).

Y así acaba este libro meritisimo del distinguido profesor del R. Instituto Orientale de Nápoles, autor de numerosos trabajos históricos y literarios. Parece imposible que con deficiente

(1) El aspecto fisiológico de su corazón concordaba con su noble carácter y era realmente extraordinario. En la carta de Pedro Villarest á Bartolomé Recanati, fechada en Nápoles el 28 de junio de 1458, al explicar la autopsia del cadáver de Alfonso, se dice: *Essendo il corpo detto in mani di cilurgiani et aperto per lo lato sechondo la chonsuetudine di la chasa antiqua de Aragona per imbalsamarlo e sutto trovato il chuore maggiore naturalmente che di quatro altri huomeni sechondo iudicio di tutti gli medici presenti, integro, illeso, immacolato, senza nissuna alterazione et di qui procedeva tanta sua excellentia preter humanam condicionem.*

investigación por no haber podido venir á Barcelona, y con documentos inéditos relativamente escasos y algunos de poca importancia en apariencia, haya podido construir un libro de tanto interés, sobre todo para los que cultivamos los estudios históricos en los países que un día formaron la Confederación catalano-aragonesa, describiendo de una manera nueva las intrincadas maquinaciones de la política de entonces y los planes de nuestro monarca en el asunto más trascendental de su época.

En este trabajo, donde en verdad se emplea alguna vez con exceso la conjetura ó influido quizás de alguna animosidad contra los papas Nicolás V y Calixto III, se patentiza la conveniencia de tener el investigador ó el historiografo moderno una vasta erudición bibliográfica, que le permite interpretar mejor los documentos y estrujarlos para que suelten todo el jugo, así como sentar hipótesis forzosamente aceptables y que conducen directamente á conocer hechos con exactitud y á emitir juicios serenos y á veces definitivos.

Es notable el aparato bibliográfico que ha presentado Cerone en esta obra y bien podemos asegurar que por ello, tanto como por los documentos, es por lo que resultará útil é interesante á los que la consulten ó la lean.

Lastimoso es ver, como muchos de nuestros historiografos que han tratado de Alfonso V, como por ejemplo D. José María de Zuaznavar

en su *Elogio de Don Alfonso*, publicado en Madrid, en 1832, insubstancial y ampulosa apología de este príncipe, nada hayan podido descubrir ó referir de sus trabajos políticos para la defensa del Oriente, ignorando por completo tan importantísimo episodio de su vida. No sabemos si el Sr. Ametller en su *Historia de Alfonso de Aragón*, que está en curso de publicación, ha sido más afortunado y ha podido estudiar la política oriental de nuestro monarca.

El Sr. Cerone ha venido, aunque extranjero, á vindicar á Alfonso V en este aspecto de su política, conservando en su espíritu el grato recuerdo de la época en que su patria fué regida por los mismos príncipes que la nuestra. Su obra es en este concepto una especie de apología razonada y justificada del *Magnánimo*, cantada y pregonada en el mismo centro de los dominios italianos del Rey de Aragón, en la fértil Campania, para demostrar que en aquella tierra no se ha desvanecido todavía el prestigio y la veneración que supo adquirir la dinastía del aragonés; es un eco nuevo del antiguo canto del poeta Verardiniello, el más popular de fines del siglo xv en aquel país, citado por el propio autor,

Saie quando fuste, Napole, corona?
Quando regnava Casa d' Aragona,

